

marcha de los negocios dirigidos por los ministros de su padre, apresurándose sus principales partidarios á transigir y hacer paces con el gobierno, y quedando despues todo en la más completa calma.

A los cinco años del fallecimiento del principe Federico, volvió por un momento á sentirse violentamente agitado el espíritu público; pero no por efecto de las antiguas discordias de los *whigs* y los *tories*, sino porque la Inglaterra se hallaba en guerra con la Francia, y porque habiendo sido floja y débilmente conducida, perdieron sus armas á Menorca, y el pabellon nacional hubo de huir á la vista de las flores de lis de la casa de Borbon; vergüenza superior á todas, humillacion incomparable para el pueblo más altivo y bravo de la tierra, conflicto terrible para ingleses, y tan grande que les hizo poner en olvido cuanto no fuera la venganza. El clamor de los condados y de las grandes ciudades del reino pidió á una voz la entrada en el poder de un gobierno que fuera capaz de vindicar la honra de las armas inglesas; y como los dos hombres más poderosos del país eran el duque de Newcastle y Mr. Pitt, y una serie alternada de triunfos y derrotas les habia hecho comprender que ni el uno ni el otro podian subsistir por sí solos, de una parte los intereses del Estado y de otra los de su ambicion propia los impulsaron á coligarse, resultando de su alianza el ministerio que se hallaba en el poder al advenimiento de Jorge III.

Cuanto más atentamente se considera la estructura de aquél célebre Gabinete, más razones hallamos de admirar el suceso que dió por resultado reunir en conjunto armonioso fuerzas tan diferentes y en apariencia tan incompatibles en sus elementos; porque, merced á esta obra de habilidad ó de inge-

nio, se fundieron en una sola toda la influencia que da la integridad inmaculada y la influencia que dan los manejos de corrupcion más viles, el poder de las relaciones aristocráticas y el poder del entusiasmo democrático; aportando el de Newcastle una gran suma de poder que recibió en herencia de Walpole y de Pelham: los empleos y oficios públicos, la Iglesia, los tribunales, el ejército, la marina, y el cuerpo diplomático poblados de sus hechuras; los distritos electorales del gobierno representados por candidatos suyos, y las grandes familias *whigs*, acostumbradas desde hacia ya generaciones á la disciplina de los partidos y á formar una falange inquebrantable, que lo reconocian por su jefe; y aportando Mr. Pitt todo cuanto faltaba á Newcastle: la elocuencia que conmueve y agita las pasiones y persuade y domina los ánimos, y la fama de su integridad, y con ella la confianza y el amor de las masas.

Tambien fué por extremo feliz la division que hicieron ambos ministros de los poderes gubernamentales, porque cada cual ocupó aquel departamento para que se hallaba más indicado, y ninguno tenia inclinacion á intervenir en el de su colega. Newcastle se encargó de la Tesoreria, del patronato eclesiástico y civil y del manejo de aquella parte de los fondos secretos, que á la sazón se invertian en comprar individuos del Parlamento. Pitt era secretario de Estado con la direccion de la guerra y de los negocios extranjeros. Por tal manera el cieno de las inmundas y pestilentes cloacas del gobierno salia por un canal, mientras que sólo manaba del otro una corriente clara, cristalina y pura. Los políticos mezquinos é interesados que suspiraban por empleos, honores y condecoraciones iban á formar



cola en las antecámaras de la gran casa de la esquina de Lincoln's Inn Fields, donde se veían cada mañana diez y ocho ó veinte prelados; que no había uno sólo entónces en Inglaterra que no debiera su elevacion ó su traslado á una Sede codiciada al duque de Newcastle; y con ellos, diputados cuyos votos y cuyo silencio constituían la fuerza principal del Gobierno: éste para pedir un empleo en los Consumos para su lacayo, aquél para solicitar una prebenda en favor de su hijo, y el otro para decir al Duque por lo bajo que habia sido siempre de una fidelidad á toda prueba, no sólo á su persona, si que tambien á la sucesion protestante; que los gastos de la última eleccion le habian obligado á empeñar su hacienda, y que ahora no sabía qué hacerse para encontrar quinientas libras esterlinas para rescatarla. El Duque apretaba todas las manos que se alargaban hácia él, echaba el brazo sobre los hombros de unos pocos, daba golpecitos amistosos en las espaldas de los ménos, y despedía la nube de pretendientes satisfecha ó esperanzada. Pitt permanecía, entretanto, alejado de tales manejos, y no sólo era incorruptible tratándose de sí propio, sino que se negaba en absoluto siempre al repugnante trabajo de corromper á los demas. Sin embargo, como no habia ocupado por espacio de veinte años un asiento en la Cámara de los Comunes y diez en el poder sin darse cuenta de los medios usuales entónces y corrientes de gobernar, aunque sabía que sus compañeros ejercían la corrupcion en gran escala, y detestaba esas prácticas viciosas, desesperado de hacerlas desaparecer de las costumbres políticas, y dudando mucho de que pudiera prescindir de ellas ningun gobierno, determinó de cerrar los ojos, no queriendo ver, ni saber,

ni creer nada de cuanto sucedía. Por esta causa las personas que acudían á él con pretensiones de cierta índole perdían su aplomo al estrellarse en su altiva humildad. «Mehonrais mucho suponiendo que puedo influir en esos asuntos, les decía; pero por su naturaleza son superiores á mis facultades. Cierto es que S. M. oye con indulgencia mis pobres consejos acerca de la guerra y de los tratados de paz. Si se tratara solamente de saber quién debería mandar en la América del Norte ó quién sería embajador en Berlin, mis colegas deferirían probablemente á mis indicaciones; pero en cuanto á influir en el ministerio de la Tesorería, eso está vedado para mí, pues no creo poder pedir ni un destino de aduanero en el último puerto de Inglaterra.»

Fácil es comprender si no debería Pitt su popularidad tanto á la pureza fastuosa de su carácter como á su talento y elocuencia y á su habilidad en la conducta de la guerra, y fácil tambien explicarse por qué decían todos entónces con orgullo y admiracion que el gran burgués, sin necesidad de haber nacido en noble cuna, ni de ser rico, á pesar de la corte y de la nobleza juntas habia logrado ser el primer hombre de Inglaterra y hacer de su patria la primera nacion del globo; que su nombre se pronunciara con miedo en todos los palacios, desde Moscow á Lisboa; que sus trofeos se levantaran en las cuatro partes del mundo, y que no obstante todo esto, se llamaba todavia William Pitt, sin títulos honoríficos, condecoraciones, ni más bienes de fortuna que su haber de ministro, por cuya causa el dia que dejara de serlo, despues de haber salvado á la patria, tendría que vender los caballos de su carruaje y sus candelabros de plata para ocurrir á sus necesidades. Porque por extendida que se hallara entónces la



mancha de la corrupcion, sus manos estaban puras, no habiéndose contaminado tomando para sí ni dando á otros el precio de la infamia. Por tal manera logró reunir la coalicion á un tiempo el apoyo de cuanto hay de noble y de cuanto hay de bajo en la naturaleza humana, poseyendo juntamente las fuerzas de la virtud y del vicio, del bien y del mal.

Newcastle y Pitt eran ambos primeros ministros *ex æquo*. Los cargos inferiores se habian distribuido con arreglo al principio á virtud del cual debian coligarse para fundar el gobierno todos los partidos y todos los matices de partidos, á excepcion tan sólo de los jacobistas declarados, y de que debian tener cabida en todos los cargos públicos cuantos hombres políticos pudieran ser útiles al gobierno por su posicion ó su talento, ó peligrosos en la oposicion.

Conforme al derecho que se consideraba entonces adquirido por prescripcion á los *whigs*, éstos habian tomado para sí la parte más considerable del poder. Despues de todo, el principal apoyo del Gobierno consistia en lo que debe llamarse el bando *whig*, bando que durante cerca de medio siglo habia ejercido habitualmente influencia poderosa en el país, y que gozaba de inmenso prestigio por el rango de las personas que lo formaban, sus riquezas, los distritos de que disponian y la union tan estrecha de sus individuos. En este bando, acaudillado por el de Newcastle, figuraban las familias de los Cavendish, de los Lennox, de los Fitzroy, Bentinck, Manners, Conway, Wentworth y tantos otros no menos ilustres por el rango, el caudal y el talento.

Además habia otros dos bandos *whigs*, cada uno de los cuales hubiera podido ser elemento eficaz de fuerte oposicion; mas tambien se les hizo lugar en

el gobierno. Denominábanse Grenvillistas y Bedfordistas.

El jefe de los primeros era Ricardo, conde Temple; y aún cuando no tenia grandes talentos administrativos ni oratorios, sus cuantiosos bienes de fortuna, su carácter turbulento y sin escrúpulos, su incansable actividad y sus mañas y destreza tan ejercitadas en los vergonzosos manejos de las facciones políticas, hacian de él uno de los más temibles enemigos que pudiera tener un gobierno. Diósele, pues, el sello privado, y á su hermano Jorge se le nombró tesorero de la marina. Gozaban fama entrambos de ser muy amigos de Pitt, que se hallaba casado con una hermana de ellos, la cual, segun dicen, ejerció siempre ilimitada influencia sobre su marido.

Los Bedfordistas, ó como los llamaban sus enemigos en són de menosprecio, la trinca de Bloomsbury, aparentaban dejarse guiar del duque de Bedford; pero en realidad ellos lo llevaban las más de las veces donde les placia, y en ocasiones á donde nunca hubiera ido él de su grado. No por eso carecia de talento ni de corazon; mas es lo cierto que habria sido respetable y hasta ilustre no sometiéndose tan de lleno á la influencia de sus amigos ó teniendo mejor acierto para escogerlos. Bueno será decir, ya que la ocasion se presenta, que los tenía buenos y de ingenio; pero á todo esto deben concretarse nuestras alabanzas. Sandwich y Rigby eran hábiles en las lides parlamentarias, agradables de sobremesa, doctores en intrigas, maestros sapientísimos en el arte de manejar los negocios y las elecciones; pero así en la vida privada como en la pública, destituidos de moral en absoluto. Weymouth poseia elocuencia natural en tanto grado que admiraba en



ocasiones á los que sabian cuán escasos eran sus estudios y sus conocimientos; mas era, en cambio, apático y de muy mala conducta, y habia conseguido en poco tiempo abrir ancha brecha con el juego en su cuantioso caudal, y resentir su buena salud abusando de la bebida. Y como la riqueza y el poder del Duque, y el talento y la osadía de algunos de sus parciales hubieran podido causar graves dificultades al gabinete mejor constituido, Newcastle y Pitt se aseguraron su auxilio nombrando al de Bedford lugarteniente de Irlanda y á Digby su secretario, con lo cual la *trinca* entera sostuvo unánime todas las medidas del gobierno.

Poco tiempo ántes de que tuvieran lugar estos sucesos, habian parecido en el horizonte de la política dos hombres capaces de disputar á William Pitt la direccion de la Cámara de los Comunes: nos referimos á Murray y á Enrique Fox; pero el primero pertenecia ya á la Cámara de los Lores, y era, demas de esto, presidente del Tribunal Supremo; y el segundo, aun cuando seguia formando parte de la de los Comunes, como se hubiera encontrado medio de hacerlo enmudecer, era un contrario que no lo parecia. Fox era pobre y padre amantísimo, y el cargo que se le confirió de pagador general del ejército durante una guerra dispendiosa, si no estaba en relacion con sus empleos anteriores, era el más lucrativo de que pudiera disponer el gobierno. Fox no supo resistir á la tentacion de labrar en poco tiempo un caudal considerable y de proveer generosamente al porvenir de su hijo Carlos. Mucho descendia, es cierto, aceptando una posicion secundaria, despues de haber sido jefe de la Cámara de los Comunes y de haber recibido encargo del Rey de formar gabinete; pero el destino lo era de mucho

provecho, y además ciertas delicadezas propias de la dignidad personal no las conoció nunca Enrique Fox ni cupieron en su carácter.

Difícil nos sería enumerar todos los hombres de cuenta que, por una ú otra causa, se afiliaron al gobierno; pero, no obstante, recordaremos á Hardwicke, que gozaba fama de ser el primero de los abogados, y á Legge, que pasaba por ser el primero de los hacendistas; al discreto, sagaz y activo Oswald; al atrevido y oportuno Nugent; á Carlos Townshend, el más brillante y versátil de los hombres; á Elliot; á North, á Barrigton y á Pratt. Y si la memoria nos es fiel, sólo recordamos en la Cámara de los Comunes dos hombres distinguidos que fueran hostiles á la situacion; pero que se hallaban tan desprestigiados en el concepto público, que su misma hostilidad era el más señalado servicio que pudieran prestarle: nos referimos con esto á lord Jorge Sackville y á Bubb Doddington.

Pero aun cuando la mayoría de los personajes oficiales y todos los individuos del Gabinete fueran reputados *whigs*, no por eso quedaron los *tories* excluidos de los empleos y cargos públicos: que Pitt logró dejar satisfechos á gran número de ellos dándoles mandos militares, que así aumentaban sus rentas como su importancia en sus condados; razon por la cual se hallaban más dispuestos á la benevolencia que lo habian estado nunca despues de la muerte de la reina Ana. Ciertamente es que habia unos pocos descontentos entre los *tories* que murmuraban del gobierno cada vez que se reunian á beber ponche en el *Cocoa Tree*; pero no lo es ménos tambien que no habia uno solo en la Cámara de los Comunes que fuera osado á levantar los ojos delante de Pitt.



Con esto queda dicho que no había oposicion, y como ningun signo indicaba tampoco hácia qué lado de la Cámara podria surgir el primer adversario, trascurrieron muchos años durante los cuales pareció haber renunciado el Parlamento á las funciones más principales de su ministerio. En efecto, por espacio de cuatro legislaturas consecutivas los extractos de las sesiones de la Cámara de los Comunes no contienen una sola votacion sobre asuntos políticos y de partido; como que los subsidios, con ser los más considerables que hasta entónces se hubieran conocido por causa de la guerra, se votaban sin discusion, y que los debates más importantes y trascendentales de la época versaban sólo acerca de leyes de carreteras y de acotamientos.

El Rey estaba contento; y no decimos esto porque tuviera importancia su disgusto, siéndole imposible, como era, emanciparse de un gobierno tan poderoso, sino para que conste la satisfaccion con que veia la marcha de los sucesos. Bien es cierto que tuvo mucha enemiga contra Pitt en otro tiempo, y que Newcastle se condujo mal con él algunas veces; pero la guerra de Alemania se había llevado con tanto rigor y coronádola éxito tan brillante, y los negocios públicos iban tan feliz y fácilmente, que al cabo se verificó en el ánimo de S. M. reaccion favorable.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 25 de Octubre de 1760 falleció repentinamente Jorge II, sucediéndole su hijo, el tercero de este nombre, á la edad de veintidos años. Mucho diferia la situacion de Jorge III de la de su abuelo y bisabuelo, porque habían transecurrido largos años sin que ningun rey de Inglaterra poseyera el afecto de parte alguna de su pueblo. Los dos primeros monarcas de la casa de

Hannover, por ejemplo, ni poseyeron los derechos hereditarios que á las veces suplen al mérito personal, ni el mérito personal que á las veces suple los derechos hereditarios; que los príncipes, así pueden ser populares sin tener grandes virtudes y talentos, si reinan por derecho hereditario derivado de antiguo é ilustre abolengo, como los usurpadores si su genio ha sido parte á salvar de la ruina ó á elevar el rango de la nacion á cuyos destinos presiden. Ningun soberano ha ejercido más predominio en la época moderna sobre sus vasallos que Francisco, emperador de Austria, ó su yerno el emperador Napoleon; pero, si suponemos un monarca sin derechos más auténticos que los de Bonaparte, y sin más superior inteligencia que la de Francisco, resultará un personaje semejante á Ricardo Cromwell, y veremos que tan luego se alee una mano contra él, caerá del pedestal de su quimérica grandeza en medio de las burlas de todos. La situacion de Jorge I y la de Jorge II tuvieron cierta semejanza con la de Ricardo Cromwell; y si pudieron evitar su triste y menguada suerte, fué debido á los enérgicos esfuerzos y habilidad suma del partido *whig*, y al convencimiento unánime de la nacion que se creyó en el caso de optar entre la casa de Brunswick y el catolicismo; pero es lo cierto que ninguna clase social daba muestras á los descendientes de los Güelfos de aquel afecto, de aquel amor intenso y profundo que tuvieron á Carlos I, á Carlos II y á Jacobo II, á pesar de las faltas más grandes y de las mayores desgracias. Porque los *whigs*, que con sus espadas y haciendas sostenian de una manera tan vigorosa la nueva dinastía, obraban así en virtud de principios extraños y aún contrarios al espíritu de la lealtad acrisolada; y los *tories* moderados, á su vez, consi-



deraban la dinastía extranjera como un gravísimo mal, pero preferible á otro mayor que sobrevendría en defecto suyo; y los exaltados del partido declaraban al Elector por el más odioso de los usurpadores, ladrones y tiranos; como que la corona de otro brillaba en su cabeza, y traía manchadas las manos de la sangre de los más bravos y fieles caballeros de Inglaterra. No de otra manera, y durante muchos años, fueron objeto los reyes de la Gran Bretaña de cruel encono personal por la mayor parte de sus vasallos, sin lograr serlo de amor verdadero para ninguno. Estaban, es cierto, sincera y resueltamente defendidos de los Estuardos; mas también lo es que aquel apoyo lo recibían, no por ellos, sino por el sistema religioso y político que su caída hubiera puesto en peligro, y aún así tenían que pagar este auxilio indirecto sacrificando en toda ocasión sus propias inclinaciones al partido que los asentó en el trono y los mantenía en él.

Sin embargo, aún cuando á fines del reinado de Jorge II la mala voluntad que de mucho tiempo atrás tenía el pueblo inglés á la casa de Brunswick se había desvanecido, no por eso sentía ningún afecto hácia ella. A decir verdad, tampoco era el carácter del anciano rey muy ocasionado á inspirar estimación ni afecto á los ingleses, porque ni era su compatriota, ni había pisado el suelo de la Gran Bretaña sino después de haber cumplido treinta años; y su acento y su educación extranjeras, su amor al lugar de su nacimiento y á sus costumbres, y el afán y el placer con que abandonaba siempre que podía el palacio de Saint James para trasladarse á Herrenhausen no eran por cierto partes que lo hicieran amable á sus vasallos isleños, que veían con malos ojos empleadas todos los años

sus escuadras en trasportarlo al continente, y que los intereses de su reino nada fueran para él en comparación de los de su electorado. Demás de esto, no poseía ni las cualidades que hacen respetable la nulidad, ni las que prestan seducción al libertinaje: ninguno de sus actos había revelado grandeza de alma ó humanidad siquiera, como que fué mal hijo, peor padre, marido infiel y torpe amante, y su vida toda una larga serie de rasgos de ruindad, de bajeza y de mal corazón que habrían podido causar la desventura de su pueblo sin el poderoso correctivo y la eficacia de la ley fundamental.

Murió, y luego al punto pareció entreabrirse nuevos horizontes al amor del pueblo inglés. El joven Rey había nacido en Inglaterra; sus costumbres y sus gustos, buenos ó malos, eran los propios de sus compatriotas; ningún inglés tenía nada que condenar en él; aquellos mismos que aún permanecían adictos á los Estuardos no podían acusarlo de usurpador, y ni era responsable de la Revolución, ni del Acta de sucesión, ni de la represión de los alzamientos de 1715 y de 1745, ni tampoco de la sangre de Derwentwater y Kilmarnock, de Balmerino y de Cameron. Había nacido medio siglo después del destronamiento de la familia real antigua, y era el cuarto descendiente y tercer monarca de la dinastía hannoveriana, y con estos títulos bien podía pretender á ciertas apariencias de legitimidad. Su edad, su aspecto y cuanto se sabía de su persona y de su carácter le conciliaban la voluntad del pueblo: era joven, de agradable presencia y de maneras afables, y ni la calumnia le imputaba vicios, ni se antojaba lisonja de cortesano atribuirle virtudes de príncipe.

No parecerá, pues, extraño que á partir del día



de su advenimiento al trono comenzara entre sus súbditos á nacer y desarrollarse la lealtad hácia él, muestra de afecto que habia desaparecido de las costumbres inglesas del propio modo que la fe de otros tiempos en las brujas y en los maleficios. Los *tories* principalmente, que siempre tuvieron natural inclinacion al culto de los reyes, y que se dolian con amargura de las ausencias de un idolo ante quien prosternarse, mostrábanse tan gozosos como los sacerdotes de Apis cuando tras largo intervalo hallaban otro buey á quien adorar. Presto fué á todos evidente que una parte de la nacion consideraba al rey Jorge III de muy diverso modo que á sus predecesores, á los cuales, en verdad, miraba no como si fueran monarcas, sino lisa y llanamente los primeros magistrados del país, duxes ó *stathouders*, á la manera de Venecia ó de Holanda; mas él era estimado, en toda la extension de la palabra, eual ungido del Señor y aliento de su pueblo. Los años de viudez y de luto eran pasados para el partido *tory*; que harto tiempo fué Dido fiel á las frias cenizas del primer esposo, y ya echaba de ménos el amoroso consuelo de otras veces. La edad de oro de Harley renacia; los Somerset, los Lee, los Wyndham iban de nuevo á rodear el trono; los obispos latitudinarios que no tuvieron vergüenza de tratar con Doddridge y de apretar la mano de Whiston estaban á punto de ser reemplazados por servidores de Dios que se parecian á South y á Aterbury; en una palabra, el amor y la lealtad que lograron inspirar los reyes de la casa de Estuardo, que se mostró á prueba de confiscaciones, derrotas y destierros, y que ni la perfidia, ni la tiranía, ni la ingratitud fueron parte á mermar en ningun caso, se veian mudar de rumbo y ser todo para la casa de

Brunswick; y si Jorge III consentia solamente aceptar el homenaje de los caballeros y de los hijos exaltados de la Iglesia, era seguro que sería para ellos todo lo que Cárlos I y Cárlos II fueron en su época.

El príncipe cuyo advenimiento al trono habia sido saludado con las aclamaciones de un gran partido por largos años hostil á su familia, heredaba de la naturaleza firme voluntad, tan firme que ántes merecia nombre más duro, é inteligencia, si no vasta y sagaz, por lo ménos tan clara como era necesario para entender y dirigir los negocios públicos. Y si su carácter no habia llegado aún á la plenitud de su desarrollo, debíase, tal vez, á la manera de reclusion tan estrecha en que su madre lo educó. Decian entónces los detractores de la princesa viuda de Galles que tuvo siempre apartados á sus hijos de todo comercio con la sociedad, á fin de dominarlos mejor; mas ella explicaba su conducta de muy diverso modo, porque decia que nada la hubiera sido tan grato como ver á su prole participar de los goces honestos de la vida y del trato de gentes, si este su deseo hubiera podido lograrse sin peligro para su virtud; pero que las desordenadas costumbres de su tiempo le sujetaron la voluntad. En efecto, los jóvenes eran licenciosos, y las damas, por ser dignas de tales caballeros, ántes hacian que no esperaban las declaraciones amorosas; motivos que pesarian en el ánimo de la Princesa para no consentir en exponer lo que más amaba á tan corruptoras influencias. Sin embargo, no por eso deberemos aplaudir el método ni las ventajas morales del sistema que adoptó para educar al duque de York, al de Cumberland y á la reina de Dinamarca. Por lo que hace al rey Jorge III, no era libertino,